se llamó *cobre*, *tabaco* y *Texas* y en otros, puede estudiarse esta faz de la imprevision y del derroche.

No ha faltado quien haya establecido su negocio comprando sus créditos á empleados, inválidos y viudas, al tres por ciento un dia, haciéndose pagar al siguiente la cantidad íntegra.

Cierto es que los apuros del Gobierno llevan á la última extremidad su condescendencia, nacida de la alternativa de ó perecer ó hacer grandes sacrificios; pero puede sentarse por regla general que este es un cáncer que se extirpará á medida que se llenen las atenciones del Gobierno y que se desentrañe la inmoralidad de los Gobiernos mismos y de empleados públicos.

Muchas fortunas que nos deslumbran y que sirven de apoyo á cierta aristocracia de zarzuela, se deben al agiotaje y no al trabajo, motivo del justo desprecio con que se le mira.

Dar seguridades al capital, alentar el trabajo, exigir la economía en los presupuestos, instruir al pueblo y cumplir con las leyes, son remedios que al fin aplicará el desengaño para bien de la patria.

PARTE CUARTA.

CAPÍTULO I.

Consumos.

El consumo es el uso que hacemos de los artículos ó efectos que cubren nuestras necesidades, la desaparicion ó destruccion de los valores: dicho así aparece á primera vista como un mal; pero si se reflexiona en que el objeto de la produccion es la satisfaccion de esas necesidades, entónces el consumo marca el fin principal del empleo de la actividad humana.

Así pues, la division que aparece como más natural es la de consumos necesarios é innecesarios, la de fecundos é infecundos, ya atiendan á una necesidad real, ya ficticia.

El que mantiene un buey destruye los valores de su pastura; pero fomenta al buey, le conserva su va-

lor; este es un consumo necesario; pero si compra, para que la destruya el buey, una jáquima, ese es un consumo inútil que no puede ménos que dañar al propietario.

A la trasformacion de los valores se ha dado el nombre de consumos, siendo en realidad una de las fases de la produccion misma. El que siembra destruye y hace desaparecer la semilla; pero la cosecha le dió amplia compensacion.

El carpintero trasforma el valor de la tabla que convirtió en mesa: á la diversa forma y uso de la tabla no se puede llamar consumo.

El dinero empleado en la compra de la tabla, podrá llamarse gasto, pero no consumo; entra en el valor de la nueva produccion, no desaparece.

El dinero que se paga á un sobrestante, á un gendarme, se ha solido clasificar entre los consumos; pero la experiencia tiene acreditado que los peones trabajan más y mejor con la presencia del sobrestante, y son mejor custodiados los efectos con el gendarme; esos gastos fueron benéficos bajo todos sentidos.

En todos esos casos, el exceso produce el despilfarro; el defecto, miseria.

Poner dos vigas donde sólo se necesita una, es un derroche; pero dejar caer un techo por no reponer una viga, es miseria. Extremos tan malo el uno como el otro.

En lo que no se han fijado los economistas, como hubiéramos deseado, es en la distincion que existe entre el consumo *individual* y el *colectivo*, determinando el primero necesidades aisladas peculiares y dispersas, y creando las segundas el mercado, el tráfico, y en una palabra, la oferta y la demanda.

La exigencia colectiva favorece y estimula la produccion, abre á la explotacion y al mercado vetas diferentes, y hace brotar la riqueza por donde quiera, relacionándose íntimamente con la civilizacion.

La falta de estudio de estas materias, apénas indicadas, ha hecho que se insista en la idea, esencialmente al tratarse de nuestros indios, de crearles de *órden suprema*, necesidades, sin considerar que crear necesidades sin atender al modo de cubrirlas, es crear vicios de todo punto ruinosos.

Por otra parte, las necesidades son muy relativas, y en vano se pretenderia equiparar á los habitantes de las tierras calientes con los de las tierras frias, á los de las sierras con los de las llanuras.

El contacto con el extranjero, las reuniones de personas de diferentes pueblos, la civilizacion, los espectáculos, etc., cambian las costumbres en lo más íntimo.

Hace cuarenta años era casi desconocido el uso de las camisetas y los calcetines. Hoy constituyen una necesidad general.

Por aquel tiempo el consumo del atole era diez tantos más que en la actualidad.

El uso de la cerveza era desconocido; hoy alimenta un comercio de consideracion.

Hace treinta años, en tiempo de fruta, disminuia el consumo de tortillas y de pan un 25 por 100.

En cuanto al lujo, lo tratarémos separadamente en otro capítulo.

El ejemplo más patente que puede ponerse ante los ojos respecto á la creacion artificial de necesidades, es el del indio arrancado de las labores del campo y trasladado al cuartel, donde viste, come y se aloja de un modo análogo á la gente civilizada de las ciudades.

Cuando ha creado los hábitos de la vida cortesana, con dificultad suma se restituye á la coa y al arado; se hace sirviente, aspira á un empleo, ó pára en bandido ántes que reconciliarse con la antigua vida.

Y no sólo en esa esfera humildísima se repiten los casos descritos: el artesano que tomó parte en una revolucion, que se hizo jefe, que probó las dulzuras del mando y los halagos del poder y del ocio, es muy raro que no se crea con la vocacion de regenerar á la patria y con la encomienda de defenderla..... aunque sea con un empleo pingüe ó arrellanado en una curul.

CAPITULO II.

Del lujo y de las leyes suntuarias.

Propiamente hablando, la cuestion de lujo pudiera considerarse como una cuestion moral; por este motivo acaso algunos economistas de bastante nota no han estudiado esta materia.

En efecto, encarecer la importancia de que cada hombre regule sus gastos conforme á sus necesidades, hacer la apología del ahorro, pintar las consecuencias desastrosas del despilfarro, todo esto, aunque conexo con la ciencia económica, está fuera de sus límites, segun unos; pero hay otros que opinan en contrario sentido, y enlazándola con las leyes que reforman el lujo ó tienden á regularizar la produccion y el consumo, se ocupan de ella.

De todos modos, á mí me ha parecido asunto importante y trascendental, y por esa causa voy á consagrarle cuatro palabras.

El lujo es el empleo del producto del trabajo, en la provision de nuestras necesidades, más allá de lo que ellas exigen, ó en gastos innecesarios que nos procuran goces ó representacion social.

Ya se deja entender, por lo que acabamos de decir, cuán difícil, por no decir imposible, es asignar valladares en cada individuo á la necesidad real y á la ficticia, y cuán expuesta es la calificacion de que tratamos.

Las muletas indispensables al cojo, son estorbosas para el que anda sano y con desembarazo; el coche que no sólo es cómodo para un médico sino que le da representacion que le produce dinero, es inútil para un maquinista; el aseo excesivo conveniente para un mozo de fonda, es estorboso para un caballerango.

Cuatro paredes con sus techos, puertas, pisos planos, etc., son bastante abrigo contra la intemperie, y de avance en avance se fueron calificando necesarios los vidrios, la pintura, las alfombras, hasta llegar á los primores de la tapicería, los bronces y los adornos magníficos.

En México tenemos la tradicion colonial, en la que el gobierno se ingeria en conceder ó negar á las castas lo que se concedia á los blancos.

Ni el indio, ni el mulato, ni el negro, podian andar á caballo; á los mismos se les prohibian determinados adornos y se puntualizaban las piezas de sus trajes.

Las revoluciones abolieron las clases, elevaron al poder, y los gremios, gentes de ínfimas condiciones, abatieron á los opulentos, y el tráfico y la baratura pusieron objetos, ayer de lujo, al alcance de todas las fortunas.

El espíritu de igualdad dominante, la aspiracion á los destinos públicos, el contacto con el extranjero, subvirtieron el antiguo órden é imprimieron carácter peculiar á las costumbres.

Muy difícil es entrar en la investigacion y clasificacion de estos trastornos; pero en su vista puede decirse que las necesidades reales ó ficticias son superiores á los medios de cubrirse; y como la ignorancia, la vida del presupuesto y el desden al trabajo, aumentan la escasez de medios, la estafa, el robo, el juego y otros vicios se enseñorean de las clases más elevadas y complican ó hacen víctimas á las inferiores.

El acrecimiento constante de los gastos públicos, sin atender á la produccion, la persecucion del capital por la ausencia del ahorro, en una palabra, la prostitucion, carcoma del órden, amago de la paz, encubridora de la miseria y atmósfera deletérea que mantiene enferma la sociedad, es consecuencia de males apénas indicados.

En una sociedad en que el gobierno tiene fijeza, estímulos el trabajo, el comercio tendidos horizontes, el capital seguridades y garantía el hombre para el pleno goce de sus derechos, estos males no tienen importancia y son, como dijimos en nuestras lecciones, como ciertas bebidas embriagantes que entonan á las naturalezas fuertes, así como postran y aniquilan á las débiles.

Reasumiendo: A nosotros nos parece que en la cuestion de lujo, el papel de la economía política se limita á recomendar las excelencias del ahorro, y en cuanto á las leyes suntuarias, á encarecer la perspicacia á los legisladores para que no atropellen los fueros del trabajo y el capital á título de moralizar la sociedad.

CAPÍTULO III.

Beneficencia.

O el pobre tiene derecho de que se le socorra, ó no lo tiene. Si lo tiene, debe reconocerse en todos la obligacion de ese socorro, ó no tiene tal derecho y no puede intervenir mandato ni coaccion en la limosna.

En el primer caso deberia constar en los presupuestos esa contribucion y calcularse como el ejército, la policía, etc.; en el segundo no cabria sino la exhortacion, y esto no puede figurar entre los deberes de un gobierno.

Dado caso que se reconociera el deber del ciudadano de auxiliar á los pobres, seria forzosa la indagacion de los menesterosos y de los miserables, de los que trabajan luchando por la vida y de los que, culpable ó inconscientemente, se entregan á la miseria.

Para atender á los primeros seria forzoso la indagacion del esfuerzo de cada padre de familia, la cooperacion de la esposa, la educacion de los hijos, etc.; para el segundo, la edad, la robustez, las aptitudes..... en una palabra, lo imposible.

De cualquier modo que se considere esta cuestion, resultaria que el que produce tendria que sostener al

que no produce, que muchos se resignarian con su holganza lucrativa, y que la perversion moral y los daños á la sociedad serian incalculables.

Por esta razon se ha dejado libre al sentimiento religioso este cuidado nobilísimo, y la asociacion, la dádiva y el servicio han procurado el alivio de nuestros semejantes.

Los abusos que se cometen bajo la capa de la caridad, la inquisicion que se permiten los bienhechores ántes de soltar el óbolo bendito, debe estudiarlos y corregirlos la policía, y no están entre los temas de estudio de la ciencia económica, sino como un antagonismo del trabajo y como elemento corruptor.

No obstante lo expuesto, nos ha parecido digno de discutirse si al niño sin arrimo alguno, al ciego, al demente deberia acudir el socorro oficial, y no nos atrevemos á dar una opinion decisiva por no haber estudiado lo bastante la materia.